

Teodoro y los medios

Andrés Cañizález

No es usual encontrar, en los personajes públicos de Venezuela, señalamientos abiertamente críticos hacia el rol político de los medios en nuestro país. En privado, llueven los cuestionamientos, de todo tipo. En el clímax reciente de la crisis, que podemos ubicar entre diciembre de 2001 a febrero 2003, fue claro el protagonismo de los medios como parte sustancial del conflicto, y no de meros narradores del mismo. Por aquellos meses, siempre en privado, dirigentes políticos y de organizaciones de la sociedad civil criticaron el rumbo de los acontecimientos y el papel jugado en éstos por los propietarios mediáticos, especialmente del espectro radioeléctrico. Esta dirigencia estaba entrampada: debido a la desarticulación política se dependía cada vez más de la pantalla de televisión para trazar estrategias y convocar acciones. De esa forma, las necesarias críticas pasaron a ser parte del repertorio en cócteles de embajadas.

En un capítulo del reciente libro de Teodoro Petkoff, “Dos izquierdas” (Caracas, Alfadil, 2005), el veterano “ex” (ex guerrillero, ex ministro, ex militantes del MAS) puntualiza algunos aspectos centrales en el tema y eso es muy poco común en nuestro medio político e intelectual. El planteamiento de Teodoro es igualmente inusual por otra razón de peso: da un contexto histórico en la relación medios-política en Venezuela. Dicho sea de paso, tal historia aún está por escribirse y resultaría vital para entender el proceso de erosión que vivió el sistema democrático implantado en 1958. En la ingente producción editorial del *proceso* se encuentran algunas lecturas, pero cargadas de un cierto fanatismo que impide ver con claridad lo que es propio de Venezuela, en sincronía con lo que ha pasado a formar parte central del debate democrático contemporáneo: cuál es el papel de los medios en el sistema político, y sobre lo cual existe abundante literatura.

Volviendo a lo que nos toca, como bien lo expresa Petkoff, los partidos y actores políticos tradicionales pusieron bastante de su parte para ir camino al suicidio, pero sin duda alguna los medios –y especialmente la televisión- contribuyeron a cimentar las bases de la antipolítica, metiendo a todos en el mismo saco de la descalificación.

Cuando se ven en retrospectiva aquellos años, puede coincidir con Teodoro en que Hugo Chávez contó a favor, entre otras causas, con una campaña mediática que durante década y media apostó por la demolición de los partidos políticos y la demonización de la política y de los políticos. Eso, junto a los propios errores partidistas, abrió las puertas del poder a un *outsider*.

Cuando se refiere al periodo que va de 1958 a 1998, Teodoro sintetiza en pocas líneas el modo de operación de aquellos años. Rigió una especie de pacto no escrito entre los dos partidos mayoritarios AD y COPEI y los medios, principalmente las televisoras del país. Los primeros dejaron hacer a los segundos, facilitaron un terreno sin normas en los que rigió exclusivamente el afán de lucro, y en contraparte, la pantalla chica nacional reprodujo en su seno una suerte de equilibrio político-institucional, del cual resultaban excluidas las nuevas opciones o expresiones que fuesen en contracorriente del sistema imperante. Como bien lo sabe Teodoro, de sus años como dirigente y candidato presidencial del MAS, los espacios informativos y de opinión reproducían la guanábana en el poder.

El texto de Petkoff trae a colación un aspecto que visto hoy parece aberrante, pero que entonces formaba parte de las reglas del juego medios-política. Las empresas de comunicación del país colocaban en las planchas parlamentarias de los dos principales partidos o bien a los mismos propietarios o a empleados, muchos de ellos periodistas, y bajo esa fórmula se contaba con una presencia en el Congreso Nacional. Tal mecanismo, como era de esperarse, genera al menos dudas sobre la independencia informativa para cubrir eventos relacionados con el partido, en el cual el director del medio era a la sazón diputado.

Finalmente, en 1992 se vivió el capítulo que cerró la posibilidad de una salida a la crisis en el marco institucional vigente, con lo cual se allanó el camino a la revolución bolivariana. Se debatía una reforma constitucional, que Teodoro define como acto de contricción poco después del fallido golpe de Estado de febrero de aquel año. La inclusión en el articulado constitucional de los conceptos de “información veraz” y “derecho a réplica” echó al traste no sólo con dichos artículos sino con el conjunto de la reforma. Los legisladores, ya acorralados por sus propios errores políticos y amenazados también por el universo mediático, se echaron para atrás. El fracaso de esa reforma fue usado como gancho electoral. Paradójicamente, nos recuerda Teodoro, los medios contribuyeron a pavimentar la autopista que llevó a Chávez al poder.

*Publicado en el diario El Nacional el 26 de julio de 2005